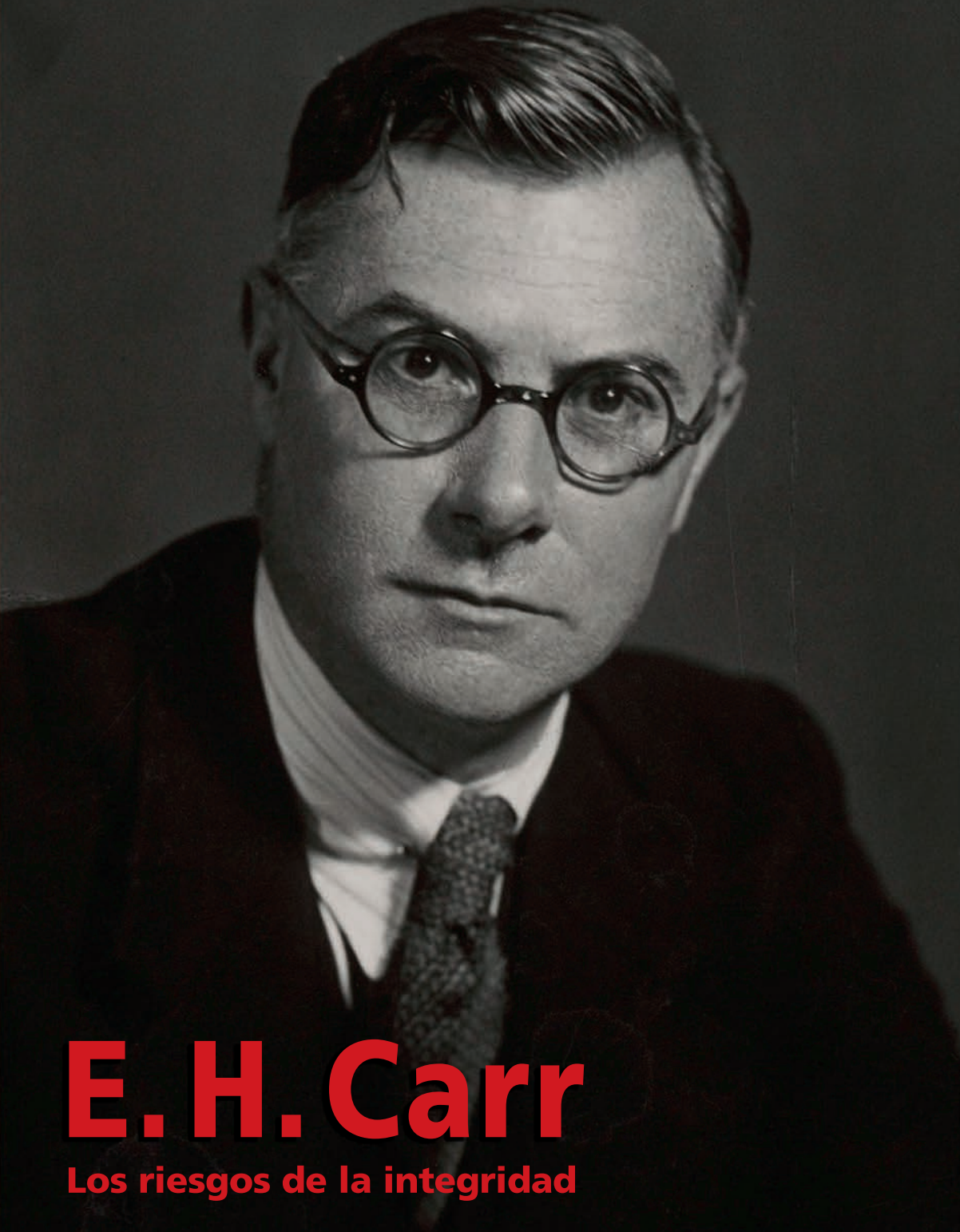


Jonathan Haslam



E. H. Carr

Los riesgos de la integridad

PUV

E. H. CARR
Los riesgos de la integridad

E. H. CARR
Los riesgos de la integridad

Jonathan Haslam

Traducción de
Belén Quintás

Universitat de València

Esta publicación no puede ser reproducida, ni total ni parcialmente, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea fotomecánico, fotoquímico, electrónico, por fotocopia o por cualquier otro, sin el permiso previo de la editorial.

Título original: *The Vices of Integrity*. E. H. Carr, 1892-1982

© Verso, 1999

© Jonathan Haslam, 1999

The University of Chicago Press

© De la fotografía de la sobrecubierta: Edward Hallet Carr,

Elliot & Fry, vintage print, National Portrait Gallery, Londres

© De la presente edición: Publicacions de la Universitat de València, 2008

© De la traducción: Belén Quintás Soriano

Publicacions de la Universitat de València

<https://puv.uv.es>

publicacions@uv.es

Fotocomposición y maquetación: Artes Gráficas Soler, S. L.

Diseño de la sobrecubierta: Celso Hernández de la Figuera

Impresión: Artes Gráficas Soler, S. L.

www.graficas-soler.com

ISBN: 978-84-370-6739-1

Depósito legal: V. 5.176-2008

*En memoria de Tamara Deutscher,
quien le supo entender.*

“La ordenación divina de las cosas, cuya existencia no puede ser directamente probada pero que podemos percibir, se extiende abarcándolo todo ... De una cosa estoy seguro: la fe en la providencia es base y esencia de toda creencia”.

Ranke a su hijo, 1873

“Allí en donde hay brillante claridad, la sombra es más cerrada”.

Gothe, *Gota von Berlichinge*, Acto I

“La pequeñez de los grandes siente fascinación por el hombre de a pie. Los cínicos, y no sólo ellos, sienten satisfacción al descubrir que el hombre de genio no se comporta en su vida cotidiana mejor, en ocasiones todo lo contrario, a como lo hace el hombre de la calle. En cierta manera, resulta reconfortante pensar que en la interacción del hombre de genio con el hombre de a pie o de talento las simpatías no siempre se sitúan del lado del genio”.

E. H. Carr, “The Two Russians”, *Fortnightly Review*

Sumario

| | |
|--|-----|
| <i>Prólogo</i> | 13 |
| 1. Una «singular» pero prometedora educación..... | 19 |
| 2. «Subalterno eventual» en el Foreign Office..... | 41 |
| 3. Defensor de la política de apaciguamiento | 99 |
| 4. En <i>The Times</i> | 133 |
| 5. El profeta marginado | 187 |
| 6. Balliol..... | 239 |
| 7. Regreso al Trinity..... | 267 |
| 8. ¿Qué es la historia?..... | 293 |
| 9. ¿«El espléndido aislamiento»? | 329 |
| 10. Completando la obra..... | 357 |
| 11. «Hemorragia y fortaleza» | 417 |
| <i>Índice</i> | 441 |

Prólogo

El nombre de E. H. Carr resulta familiar a profesores y estudiantes de historia por la polémica discusión que suscitó con la publicación de su *What is History?*¹ Los especialistas en historia soviética le recuerdan como el autor de más de catorce intimidatorios volúmenes en los que estudió la Revolución Rusa desde Lenin a Stalin. Para cualquier profano interesado, así como para los fascinados por la Rusia del siglo XIX, Carr es el hombre que retrató de un modo exquisito a Herzen y su círculo en *The Romantic Exiles*.² Para el estudioso de la política, *The Twenty Years' Crisis*³ continúa siendo un clásico. Durante muchos años sirvió a su país como diplomático y, más tarde, como un controvertido editor adjunto de *The Times*. Para su familia siempre fue «el profe». Para sus amigos y colaboradores, simplemente Ted.

Para la mayoría, sin embargo, fue un enigma, una figura distante y estricta, más un semidiós (o demonio) que un ser humano. A esto se debe, en parte, el hecho de que fuera objeto tanto de descalificaciones como de elogios. Ciertamente, nunca nadie ha mostrado indiferencia ante él y esto es algo que difícilmente debería producir sorpresa. Cualquier persona con su mismo grado de clarividencia, expresando u opinión sobre los problemas más importantes de su tiempo con semejante vigor e implacabilidad, se vería obligada a forjar una innumerable lista tanto de enemigos como de aliados. Max Eastman, el otrora trotskista, le describió como «un burgués apocado y pusilánime con una inclinación indirecta por la violencia revolucionaria».⁴

¹ E. H. Carr, *¿Qué es la Historia?*, Seix Barral, Barcelona, 1976. (N.T.)

² E. H. Carr, *Los Exiliados Románticos*, Anagrama, Barcelona, 1969. (N.T.)

³ E. H. Carr, *La crisis de los veinte años (1919-1939): una introducción al estudio de las relaciones internacionales*, La Catarata, Madrid, 2004. (N.T.)

⁴ *New York Times*, 27 de agosto de 1950.

El desaparecido Sir Isaiah Berlin le atacó por «no haber ocultado nunca su desprecio hacia los liberales», así como por haber estado dispuesto a «arrojar un manco protector sobre los extremistas, pese a codo lo necios y equivocados que los creyera (...)».⁵ Algunos de sus más distinguidos colegas no tardaron en dedicarle elogios; el clasicista Moses Finley escribió sobre él: «creo que se trata del intelecto más contenido que jamás haya conocido»;⁶ para Hugh Seton-Watson siempre fue «objeto de admiración y gratitud»;⁷ Bertram Wolfe, el americano excomunista que, más tarde, se convertiría en anticomunista, le tachó de apologético y, al mismo tiempo, confesó estar «lleno de admiración» por su «erudición, su diligencia y la maestría de sus ideas».⁸ Pero, ya sea como objeto de merecidas o inmerecidas calumnias o adulaciones, produjo un impacto en su época demasiado importante como para pasar desapercibido. De ahí, la necesidad de una biografía.

El autor le conoció en 1973. Durante un largo período permaneció apartado y poco comunicativo desde casi todos los puntos de vista: comprensivo, ingenioso, proclive a las observaciones irónicas, aceptando con entusiasmo las hablaturías, leal con aquellos a los que respetaba pero, en ocasiones, irritable y receloso con respecto a cuestiones no relacionadas con el trabajo que tuviera entre manos, cauto con su intimidad y, por encima de todo, un individualista. Cualquier aspecto sobre su vida aumenta nuestro interés. Sólo en los últimos meses de su enfermedad mostró su lado más vulnerable.

En un principio la investigación se orientó hacia una biografía puramente intelectual pero, inevitablemente, se convirtió en algo más. Berlín fue el primero en insistir, como sólo él lo hacía, en que debería tratarse al hombre en su totalidad. Y, efectivamente, así fue. Tal y como Nikolai Berdyaev, uno de los escritores favoritos de Carr, escribiera hace ya muchos años: «Es imposible encender a un estudioso si no es en relación con su personalidad. Todo estudioso destacado es producto de una personalidad significativa de la que emergen los elementos de la creatividad y la única explicación posible».⁹ A esto se debe añadir el rol, no menos importante, que desempeñó en los tiempos en los que vivió.

⁵ Crítica a E. H. Carr, *Studies in Revolution*, Londres, 1951, en *International Affairs*, octubre 1951, p. 471.

⁶ Finley a Betty Behrens, 6 de noviembre de 1982.

⁷ Seton-Watson a Behrens, 11 de noviembre de 1982.

⁸ Wolfe a Carr, 2 de febrero de 1960.

⁹ N. Berdyaev, *Aleksei Stepanovich Khomyakov*, Moscú, 1912, p. 30.

Carr murió sin dejar nada tras de él que pudiera de algún modo colaborar con el biógrafo. Aparte de la gran cantidad de trabajos publicados, sólo dejó agendas desde 1925 hasta 1960 (nunca supimos qué sucedió con las agendas de los años siguientes) y un montón de papeles. Esto quiere decir que su vida tendrá que ser reconstruida. Esto también nos puede explicar por qué se ha tardado en torno a una década en llevar a cabo la construcción del texto. También quiere decir que aquellos que le conocieron en las varias facetas de su vida, nos proveyeron de las bases documentales para la redacción de la biografía. Nadie, quizá ni uno solo de los colaboradores, estará de acuerdo por completo con el resultado: ni aquellos que le admiraban y le querían, ni aquellos que le temieron y le odiaron. En los casos en los que cite los escritos de Carr, el lector podrá consultar el material en los archivos de Birmingham University, en donde espero poder depositar fotocopias de otras correspondencias y de sus agendas. En aquellos casos en los que no se cite la procedencia se debe a que los trabajos continúan en manos privadas. Cuando no se cite la fuente es porque el autor ha obtenido la información de primera mano o de los miembros de su familia directa. Se ha evitado por todos los medios incluir algún testimonio cuya fuente no pueda ser comprobada. Debemos recordar que la memoria es un continuo proceso de recreación y no un mero almacén de información.

Este libro no habría podido ver la luz sin la generosa ayuda y la paciencia de John, el hijo de Carr, su nuera Betty, su hijastra Rachel Nelly (y su marido Bill). La ayuda del profesor R. W. Davies fue inestimable, pese a que sé que él no comparte esta idea, pues colaboró en los dos volúmenes de la obra de Carr *History of Soviet Russia*.¹⁰ La recientemente fallecida Tamara Deutscher me hizo comprender con su ejemplo que uno puede permanecer orgulloso y unido a un hombre cuyas debilidades y posturas no son enteramente las propias. Desafortunadamente, sólo se le puede dar las gracias a través de una dedicatoria póstuma.

Otros a los que también debo agradecer su ayuda son: British Academy, por su modesta beca de investigación y por facilitarme los detalles de la elección de Carr como miembro de su asociación; Andrew Rothstein, profesor Gabriel Gorodetski (Universidad de Tel Aviv) y profesor Y. Taniuchi (Universidad de Tokio), por haberme facilitado copias de su correspondencia; Dr. C. Abramsky; Lord Annan (King's College, Cambridge); el ya fallecido

¹⁰ E. H. Carr, *Historia de la Rusia Soviética*, Alianza, Madrid, 1980-1984. (N.T.)

Sir John Balfour (Foreign Office); el fallecido profesor Michael Balfour; Dr. John Barber (King's College, Cambridge); Emily Morison Bech; el fallecido profesor emérito Lord Beloff; el fallecido profesor Sir Isaiah Berlin (All Souls College, Oxford); profesor James Billington (Biblioteca del Congreso); el fallecido Dr. George Bolsover (Escuela de Estudios Eslovos y de Europa del este, Londres); profesor John Brademas (New York University); Peter Calvocoressi; Lord Carr of Hadley; archivos del Churchill College; el fallecido Sir Ashley Clarke (Foreign Office); archivos del *college*, University of Wales en Aberystwyth; Dr. Valerie Cromwell (antes de Newnham College, Cambridge); Russell Davies (University of Wales en Aberystwyth, archivos); la fallecida Winnie Elkin; profesor Sir John Elliot (Oxford University); Mr. Tim Farmiloe (de Macmillan); profesora Sheila Fitzpatrick (University of Chicago); Dr. David Foglesong (Rutgers University); el fallecido David Footman (St Antony's College, Oxford); Tom Forde; profesor Jonathan Frankel (Universidad Hebrea de Jerusalén); Dorothy Galton (antes de la Escuela de Estudios Eslovos y de Europa del este, Londres); profesor Israel Getzler (Universidad Hebrea de Jerusalén); el fallecido Lord Gladwyn (Foreign Office); profesor John Hazard (Columbia University); Phyllis Hetzel (Newnham College, Cambridge); Dr. Christopher Hill (Balliol College, Oxford); profesor Keith Hopkins (King's College, Cambridge); archivos del Instituto de Estudios Avanzados (Princeton); archivos del Instituto Internacional de Historia Social (Amsterdam); el fallecido profesor James Joll (London School of Economics); Dr. Aileen Kelly (King's College, Cambridge); Dr. Christopher Kelly (Corpus Christi College, Cambridge); profesor George Kennan (Instituto de Estudios Avanzados, Princeton); Sue Knowles (Centro de archivos escritos de la BBC); profesor François Lafitte (Birmingham University); Joan Lafitte (antes de Planificación Política y Económica); profesor Eugene Lampert (antes de Keele University); Dr. Peter Laslett (Trinity College, Cambridge); Lilly Library, Indiana University; Mr. Iverach McDonald (*The Times*); profesora Isabel de Madariaga; profesor Amo Mayer (Princeton University); archivos del Merchant Taylors' School (Miss Bakewell, Mr. Wooley y Mr. Mash); profesor Roger Morgan (Universidad Europea, Florencia); el fallecido Dr. Christopher Morris (King's College, Cambridge); Mr. Nigel Nicolson; Ms. Jane O'Malley; Mary Pomery; Dr. Brian Porter (University of Wales en Aberystwyth); Lady Cynthia Postan; el fallecido Sir Victor Pritchett; Public Record Office, Kew; el fallecido Sir Frank Roberts (Foreign and Commonwealth Office); el fallecido Dr. Robson (Trinity College, Cambridge); Rockefeller Foundation Archive

(Tarrytown, Nueva York); profesor Sir Martin Roth (Trinity College, Cambridge); Denis Routh (antes del All Souls College, Oxford, y University of Wales en Aberystwyth); Royal Institute of International Affairs; el fallecido profesor Hugh Seton-Watson (Escuela de Estudios Eslavos y de Europa del este, Londres); profesor Quentin Skinner (Christ's College, Cambridge); Dr. Jonathan Steinberg (Trinity Hall, Cambridge); Dra. Zara Steiner (New Hall, Cambridge) y profesor George Steiner (Churchill College, Cambridge); profesor Paul Streeten (Nueva York); profesor Hugh Stretton (University of Adelaide); Geoffrey Styler (Corpus Christi College, Cambridge); Trinity College, Cambridge, archivos; profesor emérito Robert Tucker (Johns Hopkins University School of Advanced International Studies); profesor Richard Ullman (Princeton University); University College, Londres, archivos; el fallecido T. E. Utley (*Daily Telegraph*); el fallecido Michael Vyvyan (Foreign Office y Trinity College, Cambridge); Ella Wolfe (Stanford, California); profesor emérito Donald Cameron Watt (London School of Economics).

Corpus Christi College, Cambridge
Abril 2000



biografías

En esta biografía definitiva de Edward Hallet Carr, Jonathan Haslam esboza el retrato cautivador de un hombre que se debatía entre una identificación indirecta con el romanticismo de la revolución y con el inexorable realismo de su propia formación intelectual.

«Una biografía perspicaz, lúcida e inteligente.»
George Steiner

«Este libro seguirá siendo con toda probabilidad
la biografía definitiva de Carr.»
Times Literary Supplement

«...excelente, rigurosa y equilibrada.»
Sunday Telegraph

«Esta biografía no sólo ofrece unos resultados
excepcionales para entender mejor a este historia-
dor inusitadamente complicado y muy individua-
lista, sino también para entender mejor su época.»
The National Interest

«Haslam traza con meticulosidad todas las vicisitu-
des de la larga odisea de Carr, un hombre marcado
por una feroz independencia de pensamiento.»
History Today

«Una extraordinaria biografía de una figura
fascinante y, en el caso de Carr, no se puede decir
que sea "demasiado pronto".»
The Guardian